

Saliendo de la crisis: hacia un modelo de crecimiento más equitativo y sostenible

JOHN EVANS
DAVID COATS



Saliendo de la crisis: hacia un modelo de crecimiento más equitativo y sostenible	JOHN EVANS DAVID COATS
Hacia un fortalecimiento de derechos laborales en el trabajo de hogar: algunas experiencias de América Latina	MARY ROSARIA GOLDSMITH CONNELLY ROSARIO BAPTISTA CANEDO ARIEL FERRARI, MARÍA CELIA VENCE
Las Directrices de la OCDE para empresas multinacionales en América Latina: experiencias, aprendizajes y propuestas desde la perspectiva sindical	ÁLVARO ORSATTI HILDA SÁNCHEZ
Responsabilidad social empresarial: Perspectivas jurídicas para estrategias sindicales	ÓSCAR ERMIDA URIARTE GUILLERMO GIANIBELLI ÁLVARO ORSATTI
Los acuerdos marco internacionales: posibilidades y límites de un nuevo instrumento de la política sindical internacional	TORSTEN MÜLLER HANS-WOLFGANG PLATZER STEFAN RÜB
Sindicalismo latinoamericano y política de género	DIDICE GODINHO DELGADO
Movimiento sindical-gobiernos progresistas: Un primer balance en la región	GONZALO MARTNER / ÓSCAR ERMIDA URIARTE / FERNANDO PORTA / CARLOS BIANCO / RENATO MARTINS
La perspectiva de género en la dimensión sociolaboral de los acuerdos de asociación	DIDICE GODINHO DELGADO PAOLA CAPPELLIN
Caminos para incluir la dimensión sociolaboral en acuerdos de asociación: el ejemplo UE-Mercosur	ÓSCAR ERMIDA URIARTE HUGO BARRETO GHIONE OCTAVIO C. RACCIATTI
La Coordinadora de Centrales Sindicales del Cono Sur. Un actor con mirada regional en el Mercosur	NATALIA CARRAU
América Latina y Caribe: los acuerdos marco en la estrategia de las federaciones sindicales internacionales (FSI) ante las empresas multinacionales	ÁLVARO ORSATTI
Sindicalismo y género. Experiencias y desafíos de la Central Única de Trabajadores de Brasil	DIDICE GODINHO DELGADO
Cómo puede enfrentar el sindicalismo a las empresas multinacionales	KJELD JAKOBSEN
El sindicalismo bajo el gobierno de Lula	REINER RADERMACHER / WALDELI MELLEIRO
El sindicalismo mexicano: entre la marginación y la recomposición	SVENJA BLANKE
La importancia estratégica de la Plataforma Laboral de las Américas	JULIO GODIO
Los acuerdos de asociación entre América Latina y la Unión Europea: el papel del movimiento sindical	ÁLVARO PADRÓN CARRAU
El sindicalismo frente al Mercosur	MARIA SÍLVIA PORTELA DE CASTRO
La política laboral de los gobiernos progresistas	ÓSCAR ERMIDA URIARTE
¿Hacia una nueva arquitectura sindical en América Latina?	ACHIM WACHENDORFER
Da promessa integradora à insegurança sócio-econômica	ADALBERTO MOREIRA CARDOSO
Os bancários brasileiros em face da finança mundial desregulada	NISE JINKINGS
El movimiento sindical internacional: fusiones y contradicciones	RUDOLF TRAUB-MERZ JÜRGEN ECKL

Saliendo de la crisis: hacia un modelo de crecimiento más equitativo y sostenible

JOHN EVANS
DAVID COATS



julio 2011

A N Á L I S I S Y P R O P U E S T A S

John Evans

Es secretario general del Comité Asesor Sindical de la OCDE.

David Coats

Es investigador en la Fundación Smith de Londres.

Friedrich-Ebert-Stiftung
Representación en Uruguay
Plaza Cagancha 1145, piso 8
Casilla 10578, Suc. Pluna
e-mail: fesur@fesur.org.uy
<http://www.fesur.org.uy>
<http://www.fes-sindical.org>

Tels.: [++598] 2902 2938 / 39 / 40

Fax: [++598] 2902 2941

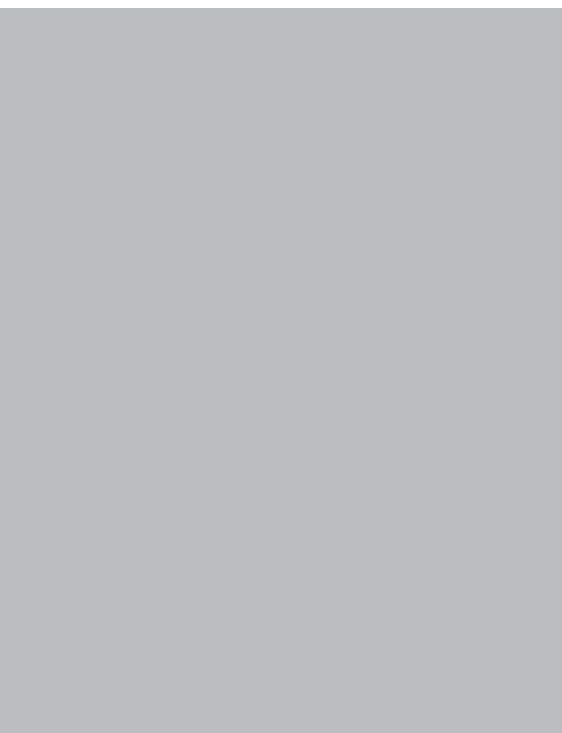
Corrección: Germán Conde

Diseño y diagramación: www.glyphosxp.com

Los trabajos que publicamos son de exclusiva responsabilidad de sus autores y no representan necesariamente el pensamiento de la Fundación Friedrich Ebert. Se admite la reproducción total o parcial, a condición de que se mencione la fuente y se haga llegar un ejemplar.

Índice

Resumen	5
El fracaso de un modelo	7
El problema previo a la crisis	8
Los objetivos de la política económica	8
Estímulo fiscal, medidas de austeridad y el retorno de la sabiduría convencional	8
Salida y superación de la crisis	10
Recomendaciones esenciales	10
Sostenibilidad y nueva conceptualización de la corporación	12
Conclusión	14



Resumen

La crisis económica y financiera mundial invalidó muchas de las presunciones que habían servido de base a la política económica durante los treinta años anteriores. La creencia de que para lograr el éxito era necesario tener componentes tales como regulación mínima, gobierno limitado, impuestos bajos, desregulación del mercado de trabajo e instituciones laborales débiles demostró ser una receta de volatilidad, excesiva toma de riesgos, mayor desigualdad en los ingresos y, en algunos países, crecimiento del trabajo precario. Mientras en muchas partes de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) los sectores más ricos mejoraron su posición relativa (en algunos casos, de manera muy significativa), los sectores más pobres vieron cómo su posición relativa se seguía deteriorando. La propia OCDE documentó en 2008 la mayor desigualdad a través de su publicación *¿Crecimiento desigual?* En los Estados Unidos, incluso, a lo largo de un periodo de 20 años los sectores de ingresos medios solo experimentaron una ligera mejora en sus retribuciones o en el nivel de vida. Tampoco es cierto que las políticas definidas convincentemente como «fundamentalistas del mercado» hayan conducido a un mejor rendimiento eco-

nómico antes del estallido de la crisis. Este hecho problemático fue reconocido por la OCDE en su reevaluación del estudio sobre el empleo de 1994, publicada con el título *Fomentar el empleo y la renta* en 2006. Se sostuvo que dos grupos de países habían alcanzado «buenos resultados» (definidos como una alta tasa de empleo, una inflación moderada y un crecimiento relativamente fuerte): los que reivindicaban políticas basadas en el mercado (como los Estados Unidos y el Reino Unido) y los que impulsan políticas con impuestos más altos, leyes en favor de la protección del empleo, mayores prestaciones a los desempleados y un nivel de inversión mucho más elevado para instrumentar programas activos en el mercado laboral (incluidos Austria, los países nórdicos y los Países Bajos). Antes de la recesión global, ya estaba claro que había más de un camino para alcanzar el crecimiento y altas tasas de empleo. Además, los sectores más pobres tenían perspectivas y expectativas de vida bastante mejores en el segundo grupo de países que en aquellos orientados a políticas más ortodoxas. Estos factores deben ser tenidos en cuenta por los responsables políticos a la hora de decidir cómo se construye un nuevo modelo económico en el mundo posterior a la crisis.

Los líderes del G20 reunidos en Pittsburgh se comprometieron a «poner el empleo en el corazón de la recuperación», aunque está claro que no cumplieron su promesa. Lejos de resolverse, la crisis económica podría desembocar en otra fase, potencialmente más peligrosa. Los gobiernos parecen haber adherido con entusiasmo a las políticas de austeridad y todos ellos, al mismo tiempo, esperan que las exportaciones generen una recuperación. Sin embargo, las causas subyacentes de la crisis (desequilibrios mundiales, inadecuada regulación de los mercados financieros internacionales, debilidad institucional en materia de gobernanza económica global) aún no han sido abordadas, y existe el riesgo de que la recuperación sea lenta, con un crecimiento sin empleo y un nivel de desocupación persistentemente alto. Desde un punto de vista sindical, el desarrollo de una alternativa requiere que los gobiernos se centren en las dos prioridades siguientes: en el corto plazo, deben adop-

tar medidas para reducir el desempleo; y en el mediano plazo, deben desarrollar un nuevo modelo de crecimiento que sea equilibrado y sostenible, que cree trabajo digno y que promueva una distribución justa de los ingresos.

El «Grupo de Trabajo Sindical sobre un Nuevo Modelo de Crecimiento» (Global Unions Task Force on a New Growth Model) conduce el esfuerzo sectorial destinado a desarrollar políticas alternativas. Establecido por el Comité Asesor Sindical de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (TUAC-OCDE), el Instituto Sindical Europeo (ETUI), la Confederación Sindical Internacional (ITUC) y la Red Sindical Mundial de Investigación (GURN), el informe de este grupo de trabajo tiene prevista su publicación para 2011 y contiene contribuciones de más de 30 autores provenientes del movimiento sindical y de instituciones relacionadas con la organización laboral.

El fracaso de un modelo

El punto de partida para esta iniciativa es la siguiente idea: la crisis económica y financiera mundial invalidó las presunciones que habían servido de base a la política económica durante los 30 años anteriores. La creencia de que para lograr el éxito era necesario tener componentes tales como regulación mínima, gobierno limitado, impuestos bajos, desregulación del mercado de trabajo e instituciones laborales débiles demostró ser una receta de volatilidad, excesiva toma de riesgos, mayor desigualdad en los ingresos y, en algunos países, crecimiento del trabajo precario. Mientras en muchas partes de la OCDE los sectores más ricos mejoraron su posición relativa (en algunos casos, de manera muy significativa), los sectores más pobres vieron cómo su posición relativa se seguía deteriorando. La propia OCDE documentó en 2008 la mayor desigualdad a través de su publicación *¿Crecimiento desigual?* En los Estados Unidos, incluso, a lo largo de un periodo de 20 años los sectores de ingresos medios solo experimentaron una ligera mejora en sus retribuciones o en el nivel de vida. Tampoco es cierto que las políticas definidas convincentemente como «fundamentalistas del mercado» hayan conducido a un mejor rendimiento económico antes del estallido de la crisis. Este hecho problemático

fue reconocido por la OCDE en su reevaluación del estudio sobre el empleo de 1994, publicada con el título *Fomentar el empleo y la renta* en 2006. Se sostuvo que dos grupos de países habían alcanzado «buenos resultados» (definidos como una alta tasa de empleo, una inflación moderada y un crecimiento relativamente fuerte): los que reivindican políticas basadas en el mercado (como los Estados Unidos y el Reino Unido) y los que impulsan políticas con impuestos más altos, leyes en favor de la protección del empleo, mayores prestaciones a los desempleados y un nivel de inversión mucho más elevado para instrumentar programas activos en el mercado laboral (incluidos Austria, los países nórdicos y los Países Bajos).

Antes de la recesión global, ya estaba claro que había más de un camino para alcanzar el crecimiento y altas tasas de empleo. Además, los sectores más pobres tenían perspectivas y expectativas de vida bastante mejores en el segundo grupo de países que en aquellos orientados a políticas más ortodoxas. Estos factores deben ser tenidos en cuenta por los responsables políticos a la hora de decidir cómo se construye un nuevo modelo económico en el mundo posterior a la crisis.

El problema previo a la crisis

Los objetivos sindicales han sido prácticamente los mismos durante un largo periodo. En gran medida, esto es así porque se basan en valores claros. Hay un compromiso muy fuerte para construir una economía global que ofrezca empleo digno y sostenible a quienes quieren trabajar, que permita aumentar los ingresos a los países en desarrollo y que compatibilice el proceso de crecimiento con las políticas necesarias para combatir el cambio climático y proteger el medio ambiente. El modelo instaurado antes de la crisis no logró alcanzar esos objetivos; sería difícil hablar de éxitos en presencia de la mayor desigualdad, el estancamiento de los salarios y el subdesarrollo en África subsahariana.

Buena parte de la supuesta prosperidad en los países más aferrados al modelo ortodoxo dependía de dos factores: el incremento en los precios de la vivienda, frente al cual los hogares solicitaban préstamos, o un determinado nivel de innovación financiera (el desarrollo de derivados exóticos). Ambos instrumentos demostraron ser bastante frágiles para generar una demanda sostenida. Numerosas evidencias indicaban que la situación era insostenible y que aparecían peligrosas burbujas en los mercados de activos. Pero los responsables de la formulación de políticas, seducidos por la hipótesis de eficiencia de los mercados y la teoría del equilibrio dinámico, creyeron que «esta vez es diferente»¹. Después de todo, desde la perspectiva ortodoxa, casi 30 años de liberalización, desregulación, recortes impositivos y esfuerzos por reducir el tamaño del Estado deberían haber impedido la crisis. Lamentablemente, las leyes de hierro de la economía no lograron resistir y en definitiva la burbuja estalló. Se creía además, equivocadamente, que la supuesta diversificación del riesgo constituía un mecanismo efectivo para eliminar la incertidumbre.

1 Carmen Reinhart y Kenneth Rogoff: *This Time is Different: Eight Centuries of Financial Folly* [«Esta vez es diferente: Ocho siglos de locura financiera»], Princeton University Press, Princeton, NJ, 2009.

Los objetivos de la política económica

Durante la mayor parte del periodo reciente, el progreso económico ha sido medido casi exclusivamente según el crecimiento del PBI per cápita. Esta medida limitada aparece cada vez más como un parámetro inadecuado para determinar el progreso social. Está claro, por ejemplo, que el aumento del PBI más allá de un cierto punto tiende a tener un impacto escaso o nulo en el nivel de felicidad o satisfacción. Como señaló Amartya Sen², es necesario que el crecimiento económico persiga un propósito; y la forma más directa de caracterizar ese objetivo consiste en decir que los ciudadanos deben tener la oportunidad de elegir las vidas que valoran. «Desarrollo y libertad» implica que la gente solo puede disfrutar de una libertad genuina si esta se basa en la seguridad económica y social. El presidente Sarkozy convocó a un panel de expertos con el fin de concebir un conjunto más equilibrado de parámetros. Nuestra posición coincide en gran medida con el enfoque adoptado por esa Comisión para la Medición del Rendimiento Económico y el Progreso Social, que sugiere orientarse hacia un «cuadro» más amplio de indicadores, además del PBI. Dicho de manera sencilla, en el mundo posterior a la crisis debemos reconocer cuál es el objetivo: no es aceptar el mundo «tal como es» y adaptar a los ciudadanos a las demandas de la economía, sino rediseñar la economía para que ella sirva a los intereses de los ciudadanos.

Estímulo fiscal, medidas de austeridad y el retorno de la sabiduría convencional

En principio, la crisis generó una respuesta alentadora por parte de los responsables políticos. El G20 jugó un papel de liderazgo, la economía mundial recibió un estímulo coordinado, se promovió la recapitalización del sec-

2 Sen, Amartya: *Desarrollo y libertad*, Editorial Planeta, Barcelona, 1999.

tor bancario y se evitó la catástrofe. Sin estas políticas activas, la depresión habría sido mucho más profunda y el desempleo global se habría disparado a niveles alarmantes hasta representar una verdadera amenaza para la cohesión social de algunos países.

La respuesta política también demostró que el Estado no podía estar ausente en el escenario económico. Ningún otro actor se encontraba en condiciones de recapitalizar el sector bancario, ni de compensar la reducción de demanda que atravesaban las empresas y las economías domésticas. Contrariamente a las restricciones impuestas por los fundamentalistas del mercado, se requería la presencia del Estado para estabilizar una economía que, a todas luces, era inherentemente inestable. Cabe aclarar lo siguiente: esto no significa que los sindicatos reivindiquen automáticamente la propiedad pública (aunque en algunos casos se puede presentar la situación) o el regreso de las economías centralmente planificadas. Lo que sí creemos es que el Estado democrático debe cumplir una función como proveedor de servicios públicos de calidad y como regulador, disponiendo el escenario para los actores del mercado e interviniendo (mediante políticas fiscales o monetarias) a fin de evitar un *boom* especulativo o combatir una recesión. Además, existen sólidas razones para sostener que el sector público y el sector privado son interdependientes, que las economías desarrolladas no pueden prosperar con un Estado pequeño y que el proceso de crecimiento económico suele estar asociado a un incremento significativo del gasto social. Hay muy pocos casos que permitan suponer, como sugieren algunos responsables políticos, que la reducción del Estado constituye una estrategia sostenible a mediano plazo. En realidad, esa reducción tiende a actuar más como un freno que como un estímulo para el crecimiento.

Lamentablemente, la intervención oportuna y coordinada, realizada al comienzo de la crisis, parece haber dejado paso ahora a un recrudecimiento de la sabiduría convencional. Dicho de forma más cruda, las políticas de austeri-

dad han regresado para vengarse. En parte, esto se debe a la preocupación de los gobiernos porque la crisis bancaria se ha convertido en una crisis de deuda soberana, con préstamos, déficits y un aumento en la relación deuda-PBI. No cabe duda de que algunos países se encuentran en dificultades tras la crisis griega. Pero otros países, cuyos problemas no son comparables, están embarcados en un vertiginoso proceso de consolidación fiscal. Es el caso del Reino Unido, donde el gobierno busca recortar el gasto público y reducir el déficit con mayor profundidad y rapidez que la que exige la situación económica; y también ocurre, en menor medida, en Alemania, que realiza esfuerzos para disminuir el déficit en lugar de adoptar las acciones necesarias para estimular urgentemente la economía local. Por otra parte, las nuevas medidas establecidas para la gobernanza económica en la zona euro parecen conllevar una tendencia deflacionaria, que podría significar un periodo de crecimiento lento o sin empleo en esta importante región mundial. Los gobiernos temen que se contagie el pánico financiero, pero pueden producirlo mediante el contagio de la austeridad.

A pesar de que la OCDE reconoció que es necesario equilibrar la flexibilidad con la seguridad (*Fomentar el empleo y la renta*, revaluación del estudio sobre el empleo), la política actual se basa en un análisis más convencional. Todo indica que los responsables de formular las políticas han adoptado el paradigma económico que se describe en el informe de la OCDE denominado *Hacia el crecimiento*, reactivando la idea de que los únicos mercados laborales eficientes son aquellos que cuentan con una escasa regulación. Desde este punto de vista, el mejor camino para salir de la crisis consiste en volver una vez más a la ideología de los Estados pequeños, los impuestos bajos y los sindicatos débiles. Cabe señalar, sin embargo, que los países con mercados de trabajo más regulados lograron capear el temporal de la recesión con resultados muy superiores a las predicciones del modelo fundamentalista de mercado. Por ejemplo, el desempleo en Alemania es menor que el desempleo en los

Estados Unidos (en parte, debido a la eficacia de los programas temporales de trabajo a jornada reducida y las negociaciones llevadas a cabo entre los sindicatos y las empresas), y los países nórdicos se están recuperando relativamente bien de la recesión.

Se podría decir que estos resultados no son sorprendentes. A fin de cuentas, el estudio sobre el empleo realizado originalmente por la OCDE en 1994, que impulsó la desregulación durante casi una década, no logró explicar las diferencias evidenciadas en el rendimiento de los mercados de trabajo durante el *boom*. Por ejemplo, aunque su mercado de trabajo estaba más «regulado» (leyes más fuertes en materia de protección laboral y mayores prestaciones a los desempleados), los Países Bajos tuvieron un mejor nivel de empleo que Alemania a lo largo de la década de 1990. Del mismo modo, hay pruebas sólidas que indican que la predicción central sostenida en la tesis de la OCDE –según la cual los trabajadores desfavorecidos tienen mejores oportunidades en un mercado de trabajo «flexible»– nunca resultó una descripción precisa de la realidad. En los años 90, los trabajadores desfavorecidos del Reino Unido (los jóvenes y los poco calificados) no tuvieron mejores oportunidades que sus similares de Francia y Alemania, cuyos mercados laborales estaban más «protegidos». Si todas estas críticas son justificadas, y si las políticas aplicadas no influyeron en la posición de los desempleados o los desfavorecidos durante un periodo de gran crecimiento, cuesta creer que esas mismas políticas permitan alcanzar la recuperación y salir de la peor recesión global en más de 70 años.

Salida y superación de la crisis

Los responsables de la formulación de políticas se enfrentan entonces a la necesidad de abandonar la sabiduría convencional y desarrollar nuevas estrategias para salir con éxito de la crisis. Eso es lo que se requiere para construir un modelo de crecimiento sostenible y estable. Como primer paso, sería importante reconocer que el Estado desempeña un

papel indispensable dentro de una economía capitalista. El mercado depende del Estado. De hecho, uno podría ir más allá y decir que el mercado es una creación del Estado. Los mercados no podrían existir sin el imperio de la ley, la administración imparcial de justicia, la aplicación de los contratos y la protección de los derechos de propiedad intelectual.

La experiencia reciente ha demostrado que la economía global se encuentra en una situación precaria. Para volver exitosamente a la senda del crecimiento, es necesario crear instituciones eficientes en materia de gobernanza económica global y actuar a nivel nacional a fin de rediseñar la política monetaria y fiscal. Desde el punto de vista sindical, se requiere un nuevo enfoque del mercado de trabajo, que –al igual que la reevaluación del estudio sobre el empleo de la OCDE– reconozca que no existe una solución única y válida para todos.

Recomendaciones esenciales

Es necesario adoptar medidas específicas en las siguientes áreas.

- ▶ Los responsables de la formulación de políticas deben generar una demanda que conduzca al tipo de progreso económico señalado anteriormente, donde el éxito no solo se mida según el crecimiento del PBI nominal per cápita. Es importante comprender que aún hay que hallar una solución eficaz a los desequilibrios mundiales que ocasionaron la crisis. Los países con déficit por cuenta corriente deben ahorrar más; los que tienen superávit, deben estimular la demanda interna. Inevitablemente, esto obliga a considerar los tipos de cambio y la relación entre el dólar y el yuan. Como mínimo, es necesario que los países del G20 avancen más allá de las conclusiones alcanzadas en la reciente cumbre de Seúl y diseñen un proceso que vuelva a equilibrar la economía global de manera gradual y cuidadosamente gestionada. En otras palabras, una economía global solo podrá prosperar si cuenta con institucio-

nes eficientes, que aseguren la gobernanza mundial y el compromiso de los principales actores. La alternativa es un retorno a la protección de los intereses nacionales, con políticas de beneficio propio a costa de los demás, crecimiento lento e inestabilidad. Dentro de este contexto, hay muy buenas razones para introducir un impuesto a las transacciones financieras internacionales: por un lado, significaría un obstáculo para las inversiones especulativas; por el otro, proporcionaría recursos para lograr la consolidación fiscal y financiar bienes públicos globales.

- ▶ Algunos países emergentes y en desarrollo han intentado que los frutos del crecimiento se distribuyan de manera amplia. Con ese fin, pusieron especial énfasis en mejorar los ingresos de los sectores más pobres para reducir la desigualdad. Es el caso de Brasil, por ejemplo, cuyo esquema apunta a que el crecimiento de la economía vaya acompañado por un crecimiento de la demanda interna. Se trata de un modelo poco ortodoxo, en la medida en que adopta un enfoque pragmático en relación con la desregulación y la apertura de los mercados. Este enfoque es preferible al argumento convencional, dirigido a una inmediata liberalización, privatización y desregulación. Ofrece un modelo de desarrollo que podría ser promovido en otros lugares del planeta (en primer lugar, en África subsahariana) donde es urgente invertir en infraestructura y donde también resulta imprescindible mejorar los ingresos de los sectores más pobres.
- ▶ Una de las causas de la crisis fue la inadecuada coordinación de las políticas monetarias y fiscales a nivel global y nacional. Los responsables de la formulación de políticas deben comprender que los objetivos explícitos consisten en alcanzar el pleno empleo, elevar la calidad de vida, aumentar la estabilidad económica (incluida la estabilidad en los precios) y fomentar la cohesión social. El objetivo de los bancos centrales no debería limitarse solamente a combatir la inflación. Pero para comple-

mentar el régimen antiinflacionario con pleno empleo y crecimiento del PBI nominal, no son suficientes las tasas de interés: los bancos necesitan contar con otras armas en su arsenal. Es por ello que se debe considerar la obligación de constituir reservas basadas en activos, a fin de que los bancos centrales puedan buscar la estabilidad de precios y hacer frente a las burbujas de precios de los activos. También es necesario crear un espacio adecuado para la aplicación de políticas monetarias «heterodoxas» o para la expansión cuantitativa. Y los bancos centrales deben tener en cuenta que es necesario justificar y legitimar sus decisiones frente a otros actores sociales (en particular, los interlocutores sociales). Se requiere fuertemente la presencia de bancos centrales independientes con estructuras formales que permitan llevar a cabo ese diálogo fundamentado.

- ▶ En lo que respecta al tema fiscal, la crisis demostró el poder de las políticas contracíclicas activas. Esto significa que las políticas futuras deben proveer instrumentos estabilizadores sólidos para ser aplicados automáticamente en aquellos momentos en que la economía comienza a desacelerarse. Pero, del mismo modo, se requiere una fuerte presión contracíclica durante los periodos de gran crecimiento: es entonces cuando los gobiernos deben acumular el excedente, que les otorgará margen de maniobra en caso de producirse una recesión. Al contrario de lo que sostiene la sabiduría convencional y su obsesión por reducir los impuestos, a veces conviene recurrir a un alza impositiva si es el mejor instrumento disponible para evitar que la economía se recaliente. Los mecanismos parciales como el «freno a la deuda», que ahora forma parte de la Constitución de Alemania, y las estrictas normas propuestas para la consolidación fiscal son elementos potencialmente peligrosos y deberían evitarse.
- ▶ A nivel nacional, las políticas deberían estar más dirigidas a la innovación y a la promoción industrial como fuentes para

crecer y generar demanda. Si la economía mundial sigue creciendo y los países de la OCDE siguen manteniendo su ventaja relativa, estos deben fomentar su capacidad para desarrollar nuevos productos y nuevos servicios. La situación exige crear aquello que el analista británico Will Hutton denomina «un ecosistema de innovación», con un Estado que invierte en educación y capacitación (por lo tanto, la reducción del gasto en educación superior sería un grave error estratégico), con un fácil acceso al capital (sobre todo, para desarrollar tecnologías ambientales o servicios basados en el conocimiento), con instituciones dedicadas al intercambio de información y a la transferencia de tecnología y con una política social destinada a facilitar las transiciones económicas (como en el caso de Dinamarca).

- ▶ Para lograr una demanda sostenible, los trabajadores deben tener ingresos que permitan comprar los bienes y servicios producidos por un dinámico sector privado. De eso se trata el «crecimiento basado en los ingresos». A la hora de formular las políticas, hay que garantizar que la remuneración de los trabajadores aumente junto con la productividad. Esto se puede impulsar, obviamente, a través de los convenios colectivos, pero es necesario considerar otros instrumentos (por ejemplo, cláusulas de trabajo en los contratos públicos) si los sindicatos son débiles o están ausentes en el escenario político. Por otra parte, la existencia de una economía mundial cada vez más integrada exige algunos estándares laborales globales, que legitimen el proceso de integración económica, protejan a los trabajadores vulnerables frente a la explotación y permitan que ellos también se beneficien con la mayor prosperidad alcanzada en los países en desarrollo.
- ▶ Revisando el análisis de *Fomentar el empleo y la renta*, presentado por la OCDE en 2006, se puede aprender mucho. Los países que habían alcanzado un alto nivel de empleo y una distribución más equitativa de los ingresos eran los que centraban su

atención en el amplio espectro de factores relacionados con la política del mercado de trabajo. Allí están comprendidos los sistemas de capacitación antes del ingreso al mercado laboral para dar a los trabajadores un sentido de autoconfianza e identidad ocupacional, el énfasis en el aprendizaje permanente como camino hacia las posibilidades de empleo, la idea del equilibrio entre el capital y el trabajo (incluidos el poder de los sindicatos y el grado de cobertura de los convenios colectivos), la búsqueda de políticas orientadas a reducir las brechas injustificables entre diferentes grupos de trabajadores y la combinación de altas prestaciones por desempleo y obligaciones de búsqueda laboral con altos niveles de inversión en programas activos, destinados a que los desempleados vuelvan a conseguir un puesto de trabajo. Además, los enfoques en cuestión se reafirman mediante la presencia de un fuerte Estado de bienestar financiado por impuestos relativamente altos, que ofrece generosas prestaciones (servicios de atención a la infancia, licencias por maternidad/paternidad, etc.) para que mujeres y hombres puedan compatibilizar el trabajo con sus responsabilidades de cuidado de la familia. Esto ayuda a explicar la mayor tendencia hacia la igualdad de remuneración entre hombres y mujeres y la alta tasa de empleo femenino.

Sostenibilidad y nueva conceptualización de la corporación

La idea de sostenibilidad es clave dentro del argumento que aquí se presenta. A menudo se asocia el término a una cuestión de protección ambiental y uso de los recursos, pero en este caso lo empleamos en un sentido más amplio para transmitir la noción de una corporación que integra la sostenibilidad a todas sus operaciones. Una corporación sostenible no apunta a una ingeniería financiera y a las actividades de fusión y adquisición, sino que busca crecer aumentando su participación en

el mercado o desarrollando nuevos productos y servicios. Esa sostenibilidad implica una corporación responsable, que reconoce sus obligaciones frente a los trabajadores que emplea y frente a las comunidades en donde opera. Decir que el propósito de la corporación es maximizar los beneficios sería caer en un concepto algo anémico; lo que nosotros sostenemos es una noción más rica y sofisticada, que reconoce la interdependencia entre la corporación, sus empleados y la sociedad.

Desde luego, esto no significa subestimar los importantes desafíos relacionados con el cambio climático y el uso de los recursos. Los

sindicatos también instan a reducir las emisiones de carbono y, de forma más general, a descarbonizar la economía. Sin embargo, en consonancia con el enfoque igualitario propuesto, este proceso debe estar asociado a una transición justa hacia un mundo con bajas emisiones de carbono. En otras palabras, se requiere una administración cuidadosa para afrontar la pérdida de puestos de trabajo en determinados sectores. Es necesario invertir en capacitación y recapitación, evaluar el impacto económico de los cambios estructurales orientados a la protección ambiental y repartir adecuadamente la carga.

Conclusión

La crisis económica y financiera mundial obliga a revisar sustancialmente el paradigma predominante en las políticas económicas. Supuestamente, el colapso del sector bancario debería haber quebrado la fe en los mercados libres, pero los responsables de la formulación de políticas parecen estar retornando al confortable marco de la ortodoxia económica. Si lo hacen, sería un error estratégico. Con un regreso a las políticas que fracasaron durante el *boom*, no se puede esperar que la economía global vuelva a crecer después de una recesión tan profunda.

Lo más importante y urgente, tal vez, es precisar los objetivos de la política económica. El modelo aquí delineado va más allá de lograr un aumento en el PBI per cápita y adopta un conjunto de parámetros de mayor sofisticación. Hace un uso bastante diferente de la política monetaria y fiscal, exige la regulación

efectiva de los mercados financieros y explica cómo crear mercados de trabajo más inclusivos, tanto en los países desarrollados como en los países en desarrollo. La prioridad debe ser volver al pleno empleo. Pero esto no significa que haya que generar cualquier tipo de puesto a cualquier precio. El trabajo sostenible es el trabajo digno, seguro y capaz de ofrecer perspectivas para el desarrollo, el progreso y una mejor calidad de vida. Estos objetivos son perfectamente compatibles con la estabilidad económica (incluida la estabilidad en los precios) y con un fuerte crecimiento de la productividad. El desafío de los sindicatos consiste en realizar una contribución convincente en favor del cambio. En lo que respecta a los responsables de la formulación de políticas, el desafío es mostrar que han percibido la necesidad de un enfoque diferente y que han actuado en consecuencia.

A N Ā L I S I S Y P R O P U E S T A S
O T R O S T Í T U L O S

ROLANDO DÍAZ	Panorama sindical de Venezuela
KJELD JAKOBSEN	El monitoreo de las empresas multinacionales desde una perspectiva sindical
KJELD JAKOBSEN	O monitoramento de empresas multinacionais
FLAVIO BENITES	Los comités de empresa: ¿una estrategia para la acción del sindicalismo trasnacional en América Latina?
THOMAS GREVEN	Las normas sociales de los acuerdos comerciales y de inversión bilaterales y regionales
FLAVIO BENITES	Tendencias actuales de las relaciones laborales en Europa
ERNESTO MURRO	Seguridad social en América Latina y Cono Sur: mitos, desafíos, estrategias y propuestas desde una visión sindical
ÁLVARO CORONEL	Evaluación y perspectivas de la acción sindical en el Mercosur

